

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 114 – 26 de marzo de 2016

ESPECIAL

Yihadismo e Islam

En este número

1. **Dolor en Semana Santa**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Tour de atentados yihadistas: una reflexión**, *Ernesto Guerra*

Dolor en Semana Santa

Emilio Álvarez Frías

En momentos como el presente no se puede ni debe estar alejado de los acontecimientos. Y aunque no vayamos a decir nada nuevo respecto a los hechos acaecidos estos días en Bruselas, conviene dejar caer unas palabras sobre el tema de la guerra del Islam más duro, del yihadismo, pues es una amenaza que pende sobre Europa, y cada poco entra un país en las acciones del terrorismo más brutal que asola hoy día el mundo.

Queremos dejar constancia de nuestra repulsa al salvaje atentado, y lo hacemos mediante un artículo de Ernesto Guerra en el que se hacen unas reflexiones al respecto. Tiempo tendremos de hablar más sobre el particular, sobre la invasión islamita que está sufriendo Europa, ya sean buenos o malos, ya vengan de uno en uno o en avalancha. Europa ha de pensar muy seriamente sobre el particular, dar un puñetazo sobre la mesa, y decir ¡basta! Como hemos de decir basta en no pocos países del viejo continente a los acontecimientos de dentro.



Tras hacer acto de presencia, nos volvemos a los lugares que hemos dejado unos momentos. Regresamos a los pueblos de España en los que las cofradías procesionan sus imágenes al son de los tambores destemplados que marcan el lento paso de los cofrades. Asistiremos a la oración echa saeta. En cada lugar los actos reunirán unas características singulares. Pero en todos el Cristo Dios nos hablará del sacrificio por nosotros, y la Virgen nos recordará el dolor de la madre por el Hijo inmolado generosamente por los hombres. En ellos recordaremos a los que perdieron su vida en Bruselas por la ceguera de los que consideramos nuestros semejantes.

Marcharemos en silencio junto a los «pasos», con un severo botijo

de La Castaña, provincia de Cuenca, con el fin de dar de beber a los sedientos costaleros en algún momento de descanso. Iremos junto al Crucificado, meditando sobre el calvario por el que hemos de pasar si queremos llegar al reino, pues no hacemos demasiado por merecerlo. Día a día vamos dejando tras nosotros un reguero del mal uso que hacemos de la libertad soñada que no sabemos interpretar. Y pediremos por todos, pues todos necesitamos ayuda.

Tour de atentados yihadistas; una reflexión

Ernesto Guerra

Nuevamente sufrimos un atentado, ahora en Bruselas, que sacude la sociedad occidental, inmerso en un contexto que entiendo de transición histórica y fundamental para que nos planteemos, cada uno de nosotros, qué sociedad final queremos y vamos a defender. Para alguien que se informa, sobre todo, como la inmensa mayoría de la población, de lo que nos transmiten los medios de comunicación, variando un tanto el contenido y modo de expresión de la misma según sea uno u otro, llego a unas conclusiones que, desde luego, no son alentadoras y en las que quisiera de todo corazón estar equivocado. Habrá quien lea esto y así lo afirme. Quiero darle la razón. El problema es que, de la poca información que pueda conocer indirectamente y que no aparece en los medios de comunicación al uso, o muy poco y matizada, me lleva a ser más pesimista.

El terrorismo yihadista es un fenómeno que, qué duda cabe, viene motivado por varios factores, desde los siempre económicos, los políticos, a los culturales, que también motivan los anteriores en este caso concreto. Y es un fenómeno que no se va a solucionar porque hacerlo conllevaría medidas que serían realmente políticamente incorrectas. Hay que fijarse primero en qué sociedad nos movemos nosotros y con quién nos enfrentamos.

1. Respecto a lo primero, nuestra sociedad, nos lleva a contradicciones por «buenismo», que son el arma perfecta de actuación para lo que se configura como un verdadero enemigo y no van a la raíz del problema. Esto hay que explicarlo un poco. Sin grandes discursos filosóficos ni históricos, simplemente apliquemos la lógica y un poco de cultura general.

Nuestra sociedad es fruto de siglos de una evolución que conllevó unos derechos del llamado *estado del bienestar*, que son políticos, económicos y sociales. Su origen, aunque haya quien no lo quiera reconocer, está en el cristianismo, pues sus postulados son tales, aunque se puedan reafirmar paradójicamente en la laica Revolución Francesa –aquí caben muchos matices–, cuando, precisamente, surge el llamado nacionalismo racional, frente al llamado alemán o irracional, que ahora referiré. Ese es el momento en que los franceses, que podían dividirse, decidieron ser franceses sin la figura aglutinante de un rey y sí de una voluntad popular. Esos franceses del siglo XVIII –sin perder en cuenta sus antecedentes, como la Revolución Americana,



realmente importante en esto que apuntamos, pero no nos vamos a extender–, con sus principios de igualdad, fraternidad y legalidad, vienen a decir que se puede pertenecer a una nacionalidad determinada según tal propia voluntad. Y esto es lo que se quiere extrapolar a estos momentos. Pero se debe tener en cuenta que la sociedad actual no es la del siglo XVIII, con todos los matices y diferencias que conlleva, y que los ciudadanos que conformaron esa sociedad y esa nación tenían

una cultura europea y de origen cristiano –aunque se pudieran declarar ateos, las raíces son las raíces; no eran mahometanos, ni de una cultura con otros inicios–, unos derechos y unas obligaciones realmente duras, como ser productivo o la defensa de la Patria (he aquí un matiz

que, lógicamente, no comparten estos yihadistas, ¿o sí, respecto a la que consideran propia?) y que tal condición de ciudadano se podía incluso perder de no cumplir con ellas. Esto que apunto ahora no se tiene en cuenta y, si a un ciudadano francés de fines del *Siglo de la Luces* le dijeran que determinados personajes o ahora considerados, por mejor decir, ciudadanos franceses cuando sus orígenes culturales no tienen nada que ver con Francia ni respetan tales obligaciones, creería sin duda que es una broma y, una vez comprobado que no, su asombro primero y su enojo después serían notables. Con todo, ante la evolución de nuestro estado del bienestar aludida, intentamos filtrar el fenómeno con nuestra propia mentalidad occidental y concepciones de derechos y libertades incluyendo qué es ser de tal o cual nacionalidad. Avanzamos tanto en derechos humanos, algo que es de forma muy desigual en el mundo, que les concedemos a través de la nacionalidad y acogida los mismos derechos a quienes no los conciben, aunque se valen de ellos, siendo una contradicción que atenta contra nuestros mismos principios ponen en peligro nuestra sociedad, todo generalmente evocando a la democracia. Y, por cierto, aquí también podríamos aludir a que, si pertenecemos a un Estado democrático, la democracia debe ser más severa que una dictadura en lo referente a las medidas a tomar, pues un dictador dispone según su voluntad y no responde (en teoría) ante nadie, pero la representación de una democracia responde a una voluntad popular (en teoría) y, por tanto, tiene un compromiso tácito al que está atada y no puede escapar de ella. Ésta conlleva mayor responsabilidad; es decir, mayor obligación de proteger su cultura, que es por lo que ella misma existe, y a su pueblo, algo que es indisoluble.

2. Una vez apuntado esto, fijémonos ahora en quiénes tenemos enfrente. Lo primero que hay que aclarar es que hay que tener en cuenta que no todos los inmigrantes ni todos los musulmanes son terroristas ni asesinos o no estén integrados en la sociedad occidental. Evidentemente no es esto, pero sí hay unos puntos en común en este fenómeno que no se abordan y, aquí, vamos a lo políticamente *incorrectísimo*. En muchos casos, estamos ante descendientes de inmigrantes de segunda o incluso tercera generación, pero que no aceptan los valores de tal sociedad occidental (como no puede ser más evidente) y sus concepciones sobre el valor de la misma vida, el más fundamental, no son los mismos (como no puede ser más evidente). Es decir, estos inmigrantes no comparten tales principios de la Revolución Francesa y se acercarán más a los del nacionalismo llamado irracional o de la escuela alemana. Hagamos un matiz, pues hay que salvar todas las distancias oportunas en tanto una cosa es una concepción de qué es pertenecer a un pueblo, caso de la escuela alemana, y otra muy distinta un acto terrorista. Dicho esto, qué los diferencia. Pues que por éste último, un individuo no pertenece a donde le indique su voluntad, sino a motivos involuntarios o irracionales (de ahí su denominación) como son la cultura, la lengua, la raza... Curiosamente, argumentos también manejados en el mundo occidental o en la España actual por determinados movimientos nacionalistas, que se contradirían nuevamente si nos fijamos en las raíces de muchos de los que los promueven (como dice un refrán asturiano, *la urraca habla para que no hablen de ella*), pero esto es otro tema. La evidencia salta a la vista, pero fijémonos en casos concretos, como el atentado de Londres tres años atrás, París el año pasado, el yihadista «rapero» de ISIS que degollaba cautivos, o demás ejemplos de yihadistas «europeos» que alegan que se ataca a su país (que entonces no está en Europa, aunque ellos hallan nacido en ella), a su cultura y su gente (por lo tanto, no es la europea), etc. Y éstos, como digo, son de segunda o tercera generación, con todos los derechos de la ciudadanía y del estado de bienestar que cualquiera otro cuyas raíces sean ciertamente occidentales; la misma cultura que les da derecho a una protección tras las barbaridades que puedan cometer y que, por cierto, no les daría en su caso la cultura y orígenes que defienden. Manejan concepciones de la Alta Edad Media, basadas en un libro de tal período histórico, y que incluso, aluden a la yihad (guerra santa) en España (recordemos, para ellos Al-Ándalus, también de la Edad Media) o la lucha contra los cruzados, llegando a rechazar incluso la ayuda que pudiera conceder la Cruz Roja ante determinados refugiados al ser un símbolo cristiano -caso sucedido en Budapest hace unos meses, por poner sólo un ejemplo; otra cuestión curiosa a analizar, ahora apuntaremos algo al respecto-. Por tanto, ellos mismos entienden estar en guerra contra los cruzados y que hay una guerra de reconquista en el caso español, nada

menos. Algo que tampoco se tiene en cuenta. Sí reconozco que me extrañó ver cómo el presidente Holland, por fin, reconoció este hecho tras los atentados del Charlie Hebdo del año pasado, si bien en el contexto de tener al enemigo dentro, revoltoso y con unas elecciones a las puertas; algo que no es original suyo pero sí extraño que lo diga abiertamente un presidente de una nación (que no sea Putin), aunque luego volvemos a la vergüenza, como apuntaré en breve.

Los complejos sobre este punto son tales, que incluso en los medios de comunicación se debe decir el nombre del terrorista (no de origen europeo por lo más común), se alude a su nacionalidad (es decir, un documento que no tiene que ver con su cultura) y luego en su caso su origen, que es el de la cultura que sí defiende, si es que a tales prácticas se puede decir «defender», que me parece muy suave. Y aquí la cuestión que luego me lleva a ciertas conclusiones: entonces, ¿realmente, de dónde son si no comparten las mismas raíces, pero, lo más grave, no cumplen con los principios de ciudadanía ni comparten la cultura occidental ni entienden los mismos valores de respeto a la vida (extensible a los de la mujer, al papel de la religión, etc.) y que rompe siglos de evolución occidental? ¿A nivel individual, qué modelo de nacionalismo preferimos, el llamado francés o el alemán? ¿Son conciliables ante estos fanáticos? Responder a esto llevaría, nuevamente, una respuesta políticamente incorrectísima.

3. Unido a los puntos anteriores e insistiendo en la obviedad de que no todos los musulmanes son asesinos, sí es cierto que el factor común en estos atentados es esa religión; no estamos ante budistas, testigos de Jehová... Una afirmación nueva y políticamente incorrectísima, aunque sea clara. Es también claro que tales hechos no favorecen en nada a los musulmanes de bien y que hay que diferenciar de lo que es un fanático. El punto entonces aquí es cómo se llega al fanatismo, y el origen está en el lugar de procedencia, el núcleo, en concepciones que impidieron una evolución como la que vivió la sociedad occidental. Desgraciadamente, me temo que unas religiones permitieron tal evolución más que otras. El contraste con el cristianismo (nuestra cultura) es más que evidente en este sentido, ya que esos fanáticos se aferran al Islam del siglo VII, con lo que en este punto concreto no cabe hablar de religión de paz, como ahora se suele transmitir en los medios de comunicación. El origen y evolución de ambas religiones monoteístas es bien distinta. El cristianismo nace con los Evangelios y la figura de Jesús de Nazaret, esto es conocido, cuyo mensaje es de amor y fraternidad con un Dios misericordioso (en contraste con el judío, aunque tengan raíces



comunes), o ayuda al necesitado sin importar los orígenes e incluso la religión de tal necesitado. Sus comienzos, perseguido y mártir, sin hablar de venganzas u odios. Por contra, el Islam nace con vocación guerrera, expansiva -de ahí que no puedan beber alcohol, pues debilitaría al guerrero-, se contempla la guerra santa y hasta el Corán explica cómo golpear a la mujer, una mujer sumisa. Eso no suena muy pacífico. Evidentemente, todos esos obstáculos, y otros, fueron salvados en nuestro mundo occidental hasta llegar hoy a cuestionarnos nuestra propia esencia a lo largo de la Historia. Y sí, se cometieron barbaridades en nombre de Cristo, pero creo que hoy, la evolución de los países con una u otra creencia mayoritaria salta a la vista que es bien distinta, y los derechos adquiridos (y comprendidos, ojo) por sus habitantes también. Yo aquí me fijo en una curiosidad: si nos detenemos en las ONG's que están al pie del cañón defendiendo, protegiendo y ayudando al necesitado en lugares críticos, seguro que nos viene a la mente alguna cristiana, pero no musulmana, que las hay, pero más orientadas a ellos mismos. Y sí, ya sé que esto es políticamente incorrectísimo otra vez así que debo insistir, pues parece que si no no va a quedar claro: no todos los musulmanes son terroristas anclados en el siglo VII.

Volviendo a los atentados, tras tales actos de barbarie, antes de prestar atención a los medios de comunicación, ya sé qué van a decir: unión frente a la barbarie, democracia... Qué menos, claro. Pero aunque son palabras que están muy bien, no deben ir solas. Particularmente no me placen

ya más palabras, quiero hechos, la sociedad, nuestra civilización, los necesita. Aquellas se olvidan al cabo de un tiempo. La guerra la tienen ganada, porque dentro de nuestra propia sociedad hay quien incluso los defiende. Terrible. Y no hablo ya de algún partido político como Podemos, muy tibio, por decirlo suavemente, frente al fenómeno terrorista –recordemos sus sonrisas a Otegi y el entorno de ETA en el caso español, y que según parece tenga cierta ayuda de países como Venezuela, que cobijó etarras, o Irán, que no se define precisamente por los principios de Rousseau–, sino de personas del común. Y es más, estamos en tal contradicción, en tal autodestrucción que, con perdón de los cristianos, uno puede cagarse en Dios (insisto en mis disculpas, pero aquí lo considero necesario para que se entienda), pero no hacer una mínima alusión ofensiva o humorística a Alá, porque puede incluso peligrar su vida en su propia casa. Vivimos con tal amenaza y confundiendo lo que es respetar las diferentes culturas. Se nos vende el fenómeno de la inmigración y lo intercultural como una especie de Helenismo. Hay que recordar que éste surgió de la fusión de dos grandes culturas, dando origen a una también superior, no de que una superior (si no gusta el término, aplíquese más avanzada) se supedita a la inferior (si no gusta el término aplíquese menos avanzada). Es curioso cómo cambia la Historia, pues hasta no hace mucho las más potentes se imponían a las, por así decirlo, más débiles o menos evolucionadas, pero ahora parece ocurrir lo contrario. Hubo pueblos que, siendo los receptores de las más avanzadas, aprendieron y ellos llegaron también a serlo, aunque me temo que ahora las cosas no van por ahí. Aquí, si bien no es el caso que queremos en este momento abordar, sí digo yo que, a nivel general, respetar una cultura no es hacer lo que a uno le dé la gana con tal disculpa en el país que le acoge (múltiples ejemplos que espero que no sea necesario referir); esto sería justo lo contrario, que el que llega no tenga por qué respetar la cultura de quien da cobijo. Paralelo a lo que apunto, e insisto en lo de paralelo, es curioso cómo hay barrios en ciudades europeas, como la propia Bruselas, en los que hay verdaderos guetos de inmigrantes musulmanes (evidentemente, no integrados) a los que es difícil pasar si no eres uno de ellos, como se puede ver estos días con determinados periodistas (uno muy claro en Tele5) o, incluso, fuerzas del orden. Otra cosa es que, por motivos de no alarmar a la sociedad, para que no paguen inocentes por los actos de fanatismo o que no se produzcan actos vandálicos en contra, se quiera dar un discurso tranquilizador para que no tengan lugar mayores problemas sociales, pues evidentemente, como ya apunté, no todos los inmigrantes o musulmanes son terroristas o delincuentes. Y todo ello en un momento de una gran oleada de refugiados, un drama humano en el que pagarán justos por pecadores. ¿Aplicaremos las medidas que apuntaré en unas líneas? Dejo el suspenso en este punto y en el aire varias reflexiones:

Por un lado, no creo que sea una simple casualidad que aparezca una gran oleada, que toda esa masa de gente de repente se ponga de acuerdo en hacer lo mismo por el mismo sitio. Hay que revisar lo que históricamente se reconoce como invasión, término aquí políticamente incorrectísimo nuevamente y asociado a conflictos armados y destrucción, cuando no necesariamente es así; con menor proporción, por ejemplo, de los pueblos bárbaros de la Edad Media, pero es otro debate. Por otro, no me cabe duda que tal fenómeno no escapa a las organizaciones terroristas y que quieran aprovecharlo para infiltrar agentes suyos para entrar en Europa. Como dijo hace unos meses el arzobispo de Valencia, no todos son trigo limpio, y se le echaron a la yugular; unos días después se supo que entre los refugiados había casi 4.000 personas relacionadas con los grupos terroristas (que no son pocas y nadie le pidió disculpas al arzobispo, que yo sepa). Aquí, hace un tiempo, me llamó también la atención un programa que no suelo ver, pero por el tema me quedé ese día viéndolo. Aludo al de Íker Jiménez de Cuarto Milenio en la Cuatro, con la exposición de un especialista que mostraba datos y que, incluso, en su familia había vivido el fenómeno de la emigración y ser refugiado (si no recuerdo mal, por su padre). Aludió a algo de lo que apuntamos, la masa de refugiados y la inmigración en general junto con el problema de la delincuencia, mostrando la censura que hay al respecto. Ciertamente oír eso no es lo habitual y le llovieron críticas tremendas cuando, a mi modo de ver, no dijo nada que pudiera considerarse descabellado ni ofensivo. Pero ahí el prejuicio, el no querer ver las realidades por buenismo y el mundo de «tó er mundo e güeno».

Anécdotas aparte, yendo al caso en sí, el todo se muestra evidentemente peligroso por varios motivos. El primero, por el drama humano de aquellas gentes de bien que deben huir de su país. Esto no merece mayor aclaración. Aquí no todos son sirios, que no llegan al 10% si no me equivoco, y no emigran a los países musulmanes, qué casualidad, ¿no? Por otro, la gente, cuando está desesperada, es más fácil de tentar. ¿Quién, si viviera en condiciones similares no intentaría hacer lo mismo? Pocos, evidentemente. Es decir, aquellos que en un principio no sean de grupos afines a DAESH, ISIS o como queramos llamarlo cuando los fines son los mismos, son más maleables en tanto que pueden llegar a ser convencidos de que el mundo occidental (al que van para salvarse) es culpable de su situación -lo que no es cierto, pues la raíz está en el país de origen, no de destino- y llegar a actividades delictivas o ser más simpatizantes del terrorismo. La solución de este problema hay que ponerlo en la raíz. Sí es cierto que el conflicto entre un mundo que tiende a la globalización y otro varado en la Edad Media iban a chocar y los occidentales tienen intereses económicos en Oriente, dada la evolución natural de la Historia,



pero también en otras zonas del planeta que no llevan ni tienen por qué dar el conflicto que estamos viviendo. Y también es cierto que, ya más a lo concreto y reciente, el mundo occidental cometió un grave error, o una muy mala planificación, apoyando la llamada Primavera Árabe, pues una sociedad que no conoce ni sabe aplicar la democracia y que en muchos casos, no todos obviamente, se mueve por fidelidades personales, jefes, líderes religiosos, etc., no puede de la noche a la mañana cambiarlo todo y occidentalizarse (qué expresión, ¿verdad?) como por acto de magia. ¿Qué esperábamos? ¿Qué poder y quién lo iba a ocupar caído el dictador

(que tampoco disculpo)? Eso lleva generaciones; fijémonos en nuestro propio país, salvando también las oportunas distancias. Una cadena de hechos, sobre todo desde los atentados del 11-S, que nos llevan a lo que hoy presenciamos, pero no me voy a alargar por aquí. La cuestión es que si un gobierno no es capaz de mantener como debe y proteger a sus ciudadanos/habitantes (habría que ver los derechos individuales de cada uno) no es legítimo. La solución no pasa con que Europa se vea desbordada y acepte una masa de población tan grande que cree guetos, falta de integración (que es lo de *allí donde fueres haz lo que vieres, ¿no?*) o que, incluso, como está pasando en diferentes ciudades europeas y españolas, se busque alterar la cultura autóctona precisamente por aquella de la que parece que están huyendo estas gentes, pero usando los medios y armas legales de la de acogida. Esto también da para otro debate largo, más si atendemos a las tasas de natalidad entre nativos e inmigrantes (esto es más políticamente incorrectísimo si cabe).

Hago hincapié en que la guerra está perdida, pues ya consiguieron atemorizar a Europa, que debe tomar medidas de protección (que no van a servir por no atajar la raíz) y que además haya voces que cuestionen sus propia sociedad o gobiernos, objetivo fundamental del terrorismo en todas sus versiones. Vamos ahora al caso que aludí más arriba del Charlie Hebdo, víctima del fanatismo por unas viñetas sobre Mahoma. Efectivamente sufrió tal ataque y perdieron la vida bastantes miembros de esta revista, lo cual fue condenado internacionalmente. Pero me llamó la atención que cuando vuelve a abrir su publicación, lo que hace es poner en portada a un Dios vengativo y sanguinario, que se puede identificar por su representación más bien como cristiano. La victoria de los terroristas es clara, consiguieron su objetivo.

No me deja de llamar la atención cómo los periodistas y contertulios de turno siguen aludiendo al problema sin ir al meollo, sorprendiéndose de cómo puede un francés llamado Mohamed ser un terrorista. Pues porque no se tuvo en cuenta lo que acabo de apuntar, ya que es políticamente incorrectísimo y, como digo, apunta contra nuestros principios sociales fruto de aquella evolución de siglos que la cultura de origen del fiel Mohamed no transitó.

Conclusión: tenemos la guerra perdida porque estos factores que acabo de apuntar no se van a controlar, al entrar en contradicción con los propios principios de la sociedad occidental, pues sería reconocer la relación directa inmigración-Islam-terrorismo. Más políticamente incorrecto, imposible. La solución pasaría por replantearse los conceptos de nacionalidad y ciudadanía y no ser algo de fácil acceso se simplemente otorgue derechos, un control de la cesión de nacionalidades y pasaportes o retirada de éstas (pérdida de la nacionalidad al no respetarla), un control estricto de la inmigración (quién viene, a qué, cómo, de qué va a vivir, etc., más al modelo australiano, país que, evidentemente, no es subdesarrollado), condenas y expulsión de aquellos delincuentes o quienes no cumplan con las normas del estado de bienestar y occidentales que fueron conseguidas a través larga Historia y todo acompañado con un blindaje por escrito, por ley a poder ser, de cuál es nuestra cultura y orígenes y qué es inamovible, pero ya, hoy, no mañana. Sí, sé que pagarían justos por pecadores, pero denme una alternativa. ¿Se va a hacer algo de esto? Evidentemente no, por lo que acabo de apuntar, aunque pudiera conllevar la solución. Vivimos afincados en tal sociedad de bienestar que estamos adormecidos sin comprender ante qué nos encontramos, la que nos dio derechos que protegen incluso a los que quieren destrozarla.

Me viene a la cabeza la caída de Cartago frente a los vándalos, cuando nadie se creía que el Imperio podía desaparecer e incluso la población prefería ir al circo antes que a defender su cultura o, si se puede decir en este caso, nación. Pero ¿qué podemos esperar de una sociedad en la que preocupa más de si juega Messi o Ronaldo, que ni siquiera se plantea ni quiere que le planteen tales cosas (y otras), pues significaría un esfuerzo mental y le quita tiempo del gran opio de pan y circo? Entonces, si la cosa continúa de tal modo, llámenme tremendista, pero todas las grandes desgracias parecen haber comenzado por el adormecimiento y no tomar medidas, ¿qué pasará cuando se ponga precisamente en peligro tal pan y circo? Si llegara ese momento, sería muy tarde.

En suma, en mi opinión, que espero equivocada, hay que plantearse si conviene ser políticamente incorrecto antes de que la situación sea irreversible. Me temo que hoy ya es tarde.